

# Una tarde con Enriqueta Ochoa

Lucila Navarrete Turrent

para Venancio Machado

Su semblante era un mapa trazado por el nomadismo. Las manos trémulas, dibujos de versos plegados por el tiempo. Su presencia iluminaba, como su poesía, la umbría del alma, sin ocultar por ello dejos de tristeza y soledad. La tarde que conocí a Enriqueta Ochoa, parecía agotada por el vuelo de su vida pero radiante de hálito maternal.

El segundo día del quinto mes de 1928 nació una niña en una pequeña ciudad de migrantes. Entre la joyería de su padre y las labores del campo con sus abuelos en Villa Juárez, aquella niña creció en un tranquilo desierto urbanizado: Torreón. Siendo adolescente, escribió un puñado de textos dedicados a un Dios que no conocía porque en casa la educación era laica. Pronto encontró mentores y guías espirituales que la alentaron a entrenar su escritura; el más importante fue Rafael del Río, figura de un largo y entrañable poema de imposibilidades amorosas.

Cuando la conocí, su pequeñez me encandiló. El apartamento donde la visité, no alcanzaba a contener su robusto espíritu. Desde su cama y sin saber de mí, me estrechó con su grácil cuerpo; nos saludamos por vez primera.

La cálida charla que entablamos osciló entre la familia, el amor, el desierto y lo femenino y religioso en su poesía. Toda la tarde, sus ojos resplandecientes reflejaron su generoso corazón.

Le pregunté primero sobre sus abuelos, a quienes la poeta les atribuye «el arrebato por un mundo que, entre toda la familia, sólo yo compartía: el de la poesía», descrito así en su libro de poesía en prosa: *Asaltos a la memoria*. «Uno de los abuelos yo no lo conocí –me contestó-, pero sé que en su trabajo de carpintero con los jesuitas, cambiaba parte de su sueldo para que lo dejaran hacer estudios en la biblioteca. De ahí me vino algo. Mi otro abuelo sí lo conocí; en la noche nos salíamos a ver las estrellas y nos contaba unos cuentos preciosos. Todo lo que decía era muy poético.»

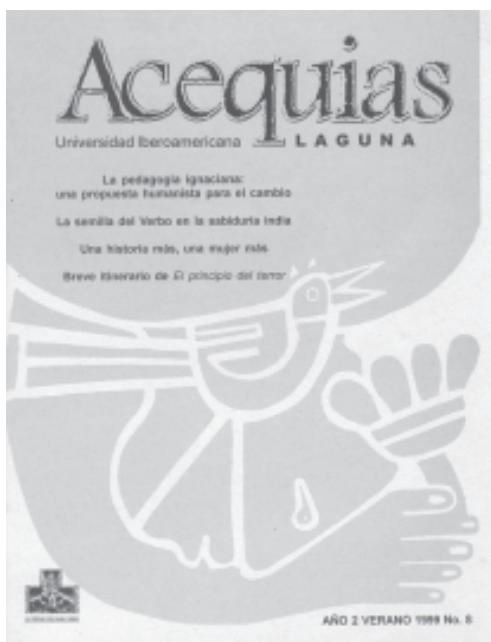
Para Enriqueta Ochoa, escribir fue algo espontáneo. «Cuando menos supe, ya había escrito un montón de poemas. Tenía entre diez u once años. Siempre fui una niña extraña para los demás, pero si yo hubiera pensado en ellos, nunca habría escrito. Yo me dirigía por la voluntad de Dios, Él me dictaba. El sitio de oración era el cuarto de los tiliches –señaló con aires de nostalgia-, mi lugar sagrado. Me alejaba completamente de la familia y en ese lugar feo, estaba sola y escuchaba a Dios.» Desde niña, la poeta atesoró el momento de la contemplación.

En 1950 publica su primer poemario, *Las Urgencias de un Dios*, desatando una polémica religiosa. Ella se expresó de aquellos días como una «blasfemia involuntaria. Los sacerdotes desde el púlpito decían que no compraran el libro, lo cual también ayudó a difundir la obra porque la gente quería saber de qué se trataba.» El poemario que le consagró su lírica, fue recibido en el extranjero con «críticas muy buenas –expresó-, pero recuerdo bien que las mujeres de la Vela Perpetua fueron a mi casa y me exigieron quemar el libro en el centro del patio. Afortunadamente mi papá me defendió.» Entre los 19 y los 22 años, Enriqueta escribió

los poemas de *Las Urgencias*... donde, sin saber de religión, cuestionaba la relación con Dios, ciñendo la fertilidad divina a lo humano y lo terrenal. Con este cuadernillo, la poeta entregó su voz a Dios; tanta fe y juventud nos deslumbran: «»iCuál es tu Dios, tu identidad, / y la región que habitas?», digo: / -Mi tierra es la región del embarazo / y yo soy la semilla donde Dios / es el embrión en vísperas.»

La voz poética de Enriqueta se presenta desde sus inicios, como un canto a lo divino. Por ello se mantuvo en bajo perfil: alejada de esferas intelectuales, para quienes Dios no era un tema relevante. Sin embargo, entabló correspondencia con algunos escritores: «Todos los días recibía una carta de un poeta. Estaba muy bien relacionada con Emmanuel Carballo, Lolita Castro, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Efraín Huerta.».

Desde niña, su sueño más grande era formar un hogar. En 1957 contraió matrimonio con Francois Toussaint. Viajó con él por un desierto que sólo le hacía extrañar el suyo: El Sahara. Su doloroso vuelo sobre arenas africanas, la refugió en la escritura y en su pequeña hija Marianne. «Cuando me casé tomé la decisión de servir a mi marido. Yo fui muy mexicana al respecto, fui muy dócil con él.» Ambas recorrieron Francia, Marsella, Tánger, Casablanca y Rabat. «La niña estaba chiquita y era un problema. Tenía como dos años y Francois a veces se ponía neurótico.» *Retorno de Electra* pertenece a este periodo, uno de los poemarios más desoladores de su trayectoria. «Porque se me rasgó el amor / en las púas siniestras del destiempo; / porque me desollaron vivas / la dignidad y la esperanza», escribe en el poema «Testimonio».



De aquel vuelo que parecía interminable, logró escapar: «Estando en Granada me fui a la Embajada Francesa en Madrid. Les conté lo que sucedía. Me protegieron, hablaron a Torreón y mi hermano cubrió los gastos del regreso. Mientras, estuvimos ocho días con alimento intravenoso, Marianne y yo estábamos muy débiles. En Torreón encontramos la paz necesaria. Por las noches me dediqué a la docencia y durante el día me hacía cargo de la joyería de la familia. Sin embargo, la gente en Torreón me hacía muchas preguntas. Esa fue una de las razones por las cuales me vine con Marianne al D.F.» Libros posteriores como *El desierto a tu lado* retratan este universo en el que confluyen la maternidad, los encuentros con otras culturas, la esperanza en lo divino, el desarraigado y la soledad. Atendamos por ejemplo, los versos de un poema titulado «La Travesía»: «Marianne / sobreviene el silencio en la llanura / en la soledad acampamos... / Hasta aquí hemos venido perseguidas / por la hoz del escarnio.»

Regresó a su tierra con poemas desgarradores. En su país, la movilidad siguió siendo su circunstancia: vivió en Torreón, Xalapa y la Ciudad de México, entregándose a la docencia hasta que los años plegaron su cuerpo. «Mis estudios como normalista me han retribuido mucho. Enseñar es el gozo más grande que yo he encontrado», expresó.

En toda su obra, se establece una relación íntima con el pulso femenino y los espacios naturales. Prueba de ello está en poemas que aluden las distintas etapas de la vida en una mujer: hija, esposa, madre, abuela o, por otro lado, abrevian el paso por la vida: «Mi alma ha sido un golpe de tempestad / un grito abierto en canal / un magnífico semental / que embarazó a la palabra con los ecos de Dios», escribe en el poema homónimo de *Bajo el oro pequeño de los trigos*. Enriqueta considera que su escritura es femenina, «pero al mismo tiempo varonil –dijo- porque es producto de la cercanía con mi padre, quien fue un hombre de gran fortaleza. Yo lo admiraba tanto que bebí de sus aguas mucho tiempo. Él me dio mucho de lo que yo tengo en mi poesía.» En el extranjero, la noticia de la muerte de su padre la obligó a escribir los versos del poema que intitula el libro *El Retorno de Electra*: «Con tu muerte se quebrantaron todos los cimientos; / no me atrevía a buscar / porque no habría / un roble con tu sombra y tu medida / que me cubriera de la llaga de sol en mi verano. / Uní la sangre que me diste a otra sangre / malherida» A la escritora le inquieta que su pluma se considere desgarradora: «Me angustia que mis críticos y lectores digan que mi obra esté cargada de dolor. Yo no puedo decir que me haya faltado algo de niña o de adolescente.

Fui el amor de mi padre. ¡Por qué tengo tanto dolor? Yo creo que porque venimos al mundo a una cárcel y a una escuela que es la vida y ésta es dura.»

Mientras que la obra de Enriqueta Ochoa ya anuncia posteridad, sus cualidades de madre trascendieron en los corazones de sus alumnos. En Torreón, la Universidad Veracruzana, el CCH y sus talleres de poesía, ha extendido su cariño y sabiduría de mentora. «Yo veo a mis alumnos como mis hijos, me interesan sus problemas. Cuando salgo a la calle luego me encuentro a muchos. Una vez me dijo Marianne: 'fíjate que el chofer del taxi que me trajo dice que me conocía desde chiquita porque tú me llevabas a la escuela donde él fue alumno tuyo.' –su rostro brilló- El último premiado del concurso que lleva mi nombre lo sacó un ex –alumno; la noticia fue demasiado grata.»

De sus grandes amores, me habló con su rostro iluminado: «Yo he amado a Marianne por encima de todo. Ella, mi madre y mis nietas están en primer lugar.» Del desierto y las arenas que atenuaron su dolor me dijo: «Todas las cosas importantes de mi vida han sucedido en el desierto. Yo crecí en el Norte de México y además, recorrió el Norte de África cuando me casé. Yo estoy agradecida con la gente de Torreón y con la generosidad de los musulmanes», quienes le inspiraron a escribir *El desierto a tu lado*.

Enriqueta Ochoa acaba de cumplir 79 años, es madre de una poeta y abuela de dos adolescentes. Su cabello es igual de largo que cuando era niña, pero ahora, sus pocas canas trenzan la paciencia de los días. Mi memoria vuelve al pasado, a aquella tarde en que contemplé a la poeta con toda la calma a mi alcance. Su apasionada y sufriente naturaleza es la llamarada que inviste su naturaleza femenina, fértil en sus presagios de esperanza. 

# Acequias

Universidad Iberoamericana LAGUNA

Posmodernidad y transmodernidad:  
el principio del diálogo?

¿Qué tan expuestos estamos a las drogas?

El derecho no es letra muerta

Epistolario de un sueño



AÑO 3 OTOÑO 1999 No. 9